

¿Hablamos bien sobre los que hablan mal?

Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

No lea usted este artículo

COMPRENDA A LAS PERSONAS QUE TIENEN UN LENGUAJE MUY DISTINTO AL SUYO:

Si usted emplea un lenguaje propio, destilado, de buen gusto, comprenda a los que emplean un lenguaje desgarrado, grosero, inculto.

Si usted habla como quiere, o como puede, o como le enseñaron, comprenda a los que miden sus palabras, a los que controlan sus apasionamientos, a los que exponen más que imponen cuando hablan.

Datos para la comprensión de una realidad social

- ¿Sabe usted que por su postura frente a los tacos y al lenguaje grosero se puede conocer su grado de madurez, represión, educación de fondo o sólo de apariencias, la jerarquía de sus valores sociales... y medir su propio grado de comprensión de la realidad humana que se esconde en las expresiones que emplean los demás?

- Juzgarlos es frecuente y uno no sabe nunca con qué derecho lo hacemos. Interpretarlos, atribuirles un proceso interior que no es el que ha motivado su actuación exterior es invadir su intimidad y casi siempre equivocarse.

- Las personas no necesitamos ser juzgadas ni interpretadas: sólo necesitamos ser comprendidas aceptadas con nuestros sentimientos reales. Sólo desde esta actitud comprensiva nuestro lenguaje será una verdadera comunicación, no un arma ofensiva ni un camuflaje defensivo.

Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

Cosas que se oyen sobre tacos y lenguaje grosero

1. **Desde un punto de vista lingüístico:** Se emplea el taco como muletilla en el lenguaje usual, lo cual no favorece su enriquecimiento. Teniendo en cuenta que puede ser la manifestación de un escape de una tensión interior, impide buscar una palabra que realmente sea portadora del sentimiento que se tiene: porque el taco es un sustitutivo, pero no la palabra que expresa ese sentimiento.
2. **Algunas consideraciones sociales:** El lenguaje grosero, popular, de carretero, ha sido la alternativa a la mitificación del lenguaje culto. Es el contralenguaje. Ha sido, desde luego, una alternativa de cortos alcances, una alternativa pobre. El lenguaje grosero es la reacción contra el lenguaje falso. Quizá la solución sería promover, crear una auténtica cultura popular.
3. **El empobrecimiento de nuestro lenguaje:** Quien recurre al taco se limita en su expresividad. No hace el esfuerzo por expresar su sentimiento. Demuestra una gran pobreza. En cambio, no es empobrecimiento de lenguaje llamar a las cosas por su nombre, y sí lo es el continuo empleo de eufemismos que nacieron de un puritanismo que alguien equiparó con la buena educación, pero que ha sido herencia de una sociedad que todo lo ha sacrificado a salvar las apariencias, no a la verdad de las cosas. Prefieren el nombre falso al verdadero.
4. **Algunas consideraciones de higiene mental:** Desmitificar el lenguaje es sano. Hay descargas inexpressables con palabras propias, pero que tienen su gesto y su expresión simbólica, que es un taco que sería tan equivocado entenderlo en su sentido propio, porque no es un lenguaje apropiado, sino gesto simbólico, expresivo en su contexto.
5. **La magia de las palabras prohibidas:** Para los niños pequeños, que están midiendo sus fuerzas con su madre, sus cuidadoras, las personas entremetidas en las casas... Los chantajes inconscientes, pero certeros, vengancillas contra los padres, tan cuidadosos ellos de las formas sociales, que el pequeño se las chafa con su lenguaje de carretero que, obviamente, la visita va a interpretar que lo aprendió en su casa. Y la cadena sin fin: castigos severos, y el niño con un arma en la mano: la palabrota, que va a sacar de quicio a sus padres y que, en muchos momentos, va a ser la única arma que tiene para dar en el blanco.
6. **¿Cambio de costumbres o cambio de valores?:** Antes al lenguaje de carretero se le llamaba mala educación. Hoy a las palabrotas se les llama liberación. Uno está tentado a decir que el lenguaje de los carreteros no era siempre mala educación. Y uno sabe muy bien que hoy no todos los que utilizan un lenguaje sin escrúpulos son precisamente unos liberados, sino todo lo contrario: los sumisos condicionados a la imposiciones de la moda. Pero también un lenguaje sin eufemismos y con expresiones fuertes, pero apropiadas, puede ser signo de liberación, y un lenguaje de filigrana puede ser el síntoma de una persona profundamente condicionada, mal educada. Y, además, una trastienda política: el rechazo de un orden establecido, que se expresa muy pulcramente, pero que está encubriendo una profunda corrupción. Y entonces la denuncia se hace con el antilenguaje. Es curioso: las frases hechas que se utilizan para romper los puritanismos son

éstas: hablando pronto y mal (pero es cuando se habla bien, cuando se llama a las cosas por sus nombres, cuando uno se deja de circunloquios).

7. **Los tacos como síntoma de una represión:** La mayoría hacen alusiones o al sexo o las partes excretorias del organismo. Se trata de romper con algo que a uno le aprisiona, y cuando se rompe uno rompe con todo: el taco suena rotundo, porque uno quiere ser rotundo en lo que dice o porque necesita desahogarse de tanta moderación. Muchos animales acotan su territorio con sus deyecciones. Muchas personas acotan su yo con su repulsa verbal. Evidentemente no están en momento de comunicación, sino de ruptura, de exigencia de su autonomía. La comunicación vendrá en otro momento posterior (a lo mejor ya no con las mismas personas, a quienes hemos alejado de nuestra cercanía).



Pero, ¿qué es eso de hablar mal?

- Significa que un niño está haciendo sus pinitos, allá por el filo de los catorce meses, y de ahí en adelante. Sus palabras son medias-palabras, imitación de las palabras de los adultos, pero sin el adiestramiento y dominio de sus órganos fonadores... A nadie le extraña que un niño hable mal (que significa que aún no aprendió a hablar del todo). Es un estadio del aprendizaje humano que se hace a la vera de los padres, en el lenguaje que se llama materno, no exclusivamente porque es el lenguaje que habla su madre, aunque este detalle es el más importante.

Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

- Significa que un niño tiene dificultades sensomotrices y no puede expresar en concreto algunos sonidos, algunas sílabas: tiene transposiciones, deficiencias, limitaciones... A todo el mundo le preocupa y, si se es sensato, se consulta a un especialista bien pronto, porque este tipo de defectos, cogido a tiempo, puede tener un remedio radical y evitar al niño muchas amarguras y fracasos escolares. O detectar una lesión cerebral o equivalente que necesita una atención médica seria.
- Significa que una persona utiliza un lenguaje grosero, sembrado de tacos, como énfasis de sus afirmaciones o como muletilla que llena los espacios vacíos entre los pensamientos (si los hay) o entre las palabras. Habla a impulsos de una rutina en su lenguaje y no tiene para nada en cuenta a la persona con la que habla, sino que defeca por la boca más que comunica algo interesante de su persona.



- Significa que una persona no tiene facilidad de palabra, ni propiedad de palabra, ni dominio del lenguaje: es premioso, impropio, poco expresivo, poco interesante y ocurrente ¡Qué rollo! ¡Qué mal habla este señor!
- Significa que una persona crítica, murmura, propala sospechas, hace afirmaciones sin comprobar, se ensaña con el prójimo, es portavoz de los deslices ajenos. Al preocuparse primariamente de las bajezas ajenas, actúa como los escarabajos carroñeros que viven en ese medio. Y al poner en primer plano los delitos ajenos, se siente como protegido, encubriendo sus propios delitos porque la atención se centra en los demás. E incluso algunos ingenuos le van a tener como el portaestandarte de la moralidad pública, cuando no existe persona más inmoral (ya no hablamos de mal educada) que la que habla mal de otro.

¿Me permiten los lectores una pequeña anécdota?

Es difícil escribir un artículo sobre tacos y lenguaje grosero, porque necesitaría uno poner ejemplos, pero para algunos lectores sería ofensivo encontrarse con las palabras al uso escritas en una revista de educación.

Pero una sola anécdota espero que me la permitan.

Su protagonista se llama Isabelita y tiene veintidós meses (al filo de los dos años). Vive en Madrid y tiene ¡qué suerte! un papá y una mamá que la quieren mucho. Y una tía en La Coruña.

Isabelita es ocurrente, graciosa; está en ese momento de aprendizaje de la vida que se llama aprender a hablar. Sus maestros son su padre y su madre. A veces cometen la torpeza que han cometido casi todos los padres de la humanidad y le hablan también con medias palabras, como las que Isabelita emplea. Pero eso a Isabelita no le divierte, porque ella no habla bien porque no puede, pero su objetivo no es que sus padres hablen como ella, sino que ella llegue a hablar como sus padres.

Una de sus gracias es hablar por teléfono. ¡Le apetece tanto!

El otro día su mamá llamó a su hermana de La Coruña. Y, claro, Isabelita se puso al teléfono. Su mensaje, con su media lengua, fue, literalmente el siguiente:

«Tía: papá pupa. No lloró. Coño y puñeta. Adiós.» La tía no está demasiado acostumbrada a descifrar mensajes de niños de pocos meses. Y la madre, al otro lado del teléfono, también se vio obligada a aclarar las cosas. El otro día su marido estaba colocando una lámpara en el techo. Perdió el equilibrio y se cayó, haciéndose bastante daño. La niña presenció la escena y la resumió perfectamente en su mensaje: una herida, ni una lágrima y unas palabras misteriosas. ¡Ya entraron en su tesoro lingüístico! ¡Y como regalo de su padre!

Después, esas palabras van a intervenir en su vida de distintas maneras: la primera reacción de la tía y la madre al escuchárselas, y más en ese contexto, fue la de sonreír abiertamente. ¿Cuáles van a ser las reacciones en el futuro: cuando las diga en una visita, cuando las diga para fastidiar a su madre, cuando las diga porque se ha cogido un dedo con un cajón de la mesilla, cuando no quiera sentirse avasallada por sus interlocutores masculinos en la universidad? Bueno, a lo mejor nada de esto sucede, pero ¡ha sucedido así tantas veces!



Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

¿Por qué una gran mayoría de los adolescentes dicen tacos y emplean un lenguaje grosero?

Contestan los propios adolescentes:

- Quieren sentirse y expresarse más machos de lo que son, sentirse mayores o más poderosos (trece años).
- Los dicen por decir. Oyen a compañeros suyos decirlos y ellos también los dicen (trece años).
- Emplean el lenguaje fuerte y prosero para insultar (trece años).
- Emplean ese lenguaje cuando algo les asombra (trece años).
- Por chulería; lo dicen los mayores y ellos no van a ser menos (trece años).
- Busca, por medio del taco, que los demás se fijen en que él es un machote (dieciséis años).
- A veces, porque se tiene el concepto de que el que grita más y el que dice algo más a lo bruto es el que tiene razón (dieciséis años).
- Para afirmarse (dieciséis años).
- Este lenguaje de sonido fuerte y tajante, en ocasiones, es muy eficaz; los adolescentes lo usan muy a menudo por pura costumbre o por esnobismo (dieciséis años).
- Creen que hablando así son más hombres, imponen más respeto. Piensan que hablar bien no es muy varonil. Por el contrario, un lenguaje así por parte del sexo opuesto sería tomado como una gran falta de educación (dieciséis años).
- El adolescente no se pone a pensar, generalmente, si va a decir una cosa correctamente o no y lo primero que le salen son los tacos, ya que forman parte de su lenguaje coloquial (dieciséis años).

- La adolescencia es la edad para hacer y decir «machadas» y el taco no deja de ser una «machada» (dieciséis años).

Contestan los profesores y educadores:

- Por reafirmación de su personalidad.
- Por rebeldía antiadulto y contra las normas establecidas.
- Por novedad.
- Porque se lo oyen a los mayores y quieren imitarles.
- Porque así se consideran liberados en cuanto a su manera de expresarse.
- Como quieren actuar como adultos, asimilan pobreza de vocabulario que éstos usan (y así justifican su postura).
- Es producto del ambiente social en que se mueve: personas, publicaciones y medios de comunicación.
- Por desahogo en una situación violenta.
- Creen que eso demuestra adultez.
- Está de moda (y es un síntoma más de la crisis de valores, que también se manifiesta en el lenguaje).

Contestan los padres:

- Porque es moda.
- Porque copian lo que oyen a los mayores.
- Por afán de notoriedad.
- Por hombría mal entendida.
- Por un cierto aire matón, muy adolescente.

- Por contagio de un ambiente en una pandilla determinada.
- Por necesidad de sentirse alguien (cuando en su fuero interno está lleno de inseguridades).
- Por reforzar su personalidad (de hombre fuerte) frente al grupo. También puede existir el machismo entre los jóvenes.
- Por sentirse mayores.
- Por reacción ante la represión de sus padres.
- En las mujeres, por iguarse al hombre.
- Por afirmación de su personalidad.
- Por herencia de sus mayores.
- Porque creen demostrar de esta forma mayor madurez.
- Porque están hartos de posturas externas convencionales en los mayores cuando descubren que a veces están podridos en sus actitudes (MENTIRAS, FARISEISMO...).
- Por desinhibición.
- Por esnobismo.
- Por escucharlo a sus padres o hermanos mayores.
- Porque se hizo costumbre en su niñez.
- Por ser la manera de hablar del medio donde se mueve: colegio, casa...
- Por falta de orientación en este tema.
- Forma de romper moldes.
- Así se encuentran más mayores o más libres.
- Es un problema de mala interpretación: al oír a una persona mayor decir tacos cree que es un síntoma de madurez y los dice por hacerse el hombre maduro o, al menos, por parecerlo.
- El ambiente actual los estimula.



Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado



¿Por qué muchos niños pequeños dicen tacos y emplean un lenguaje grosero?

Contestan los adolescentes:

- Al oír a los adolescentes, para parecerse a los mayores, aunque creo que lo dicen sin saber lo que dicen (trece años)
- Quieren decir o expresar que, al ser pequeños, también son machos, aunque en realidad no lo sean (trece años).
- Porque los oyen a los adultos y adolescentes (trece años).
- Los mayores los dicen y ellos no van a ser menos (trece años).
- Por el ejemplo de los padres, adultos y todos aquellos que de cinco palabras que pronuncian dos son tacos (dieciséis años).
- Porque algún adulto o adolescente se divierte mucho enseñándole a decir tacos a un niño pequeño (dieciséis años).
- No tienen conocimiento de los tacos; los dicen imitando a las personas mayores que ellos (dieciséis años).
- Aunque no sepan lo que dicen, les gusta echar tacos; pueden intuir que es algo semiconsentido, aunque prohibido (dieciséis años).

Contestan los profesores y educadores:

- Por el ambiente de donde proceden.
- El ejemplo de los mayores, adultos y adolescentes.
- Por ignorancia de lo que dicen.
- Por imitación en el lenguaje.
- Al oírse a los mayores creen que tienen el mismo derecho a decirlos.
- Por parecerse a los mayores.
- Por novedad, por provocar reacciones: a ver qué pasa.
- Por ignorancia.
- Por «fardar» ante los amigos y compañeros.
- Por simple imitación.
- Deseo de parecer adulto.
- Mucho debemos taquear los mayores, porque los pequeños reproducen sacos de tacos.

Contestan los padres:

- Porque copian a los mayores.
- Lo repiten sin saber lo que dicen.
- Mimetismo: por parecerse a los hombres.
- Por hacer una travesura, sin tener ningún conocimiento exacto de lo que representa.
- Falta de educación de base.
- Por contagio.
- Por picardía.
- Para parecerse a los mayores, empleando frases de los adolescentes.
- Por fastidiar a los mayores.
- Porque se les ha reído alguna vez la gracia.
- Copia de las personas a las que admiran o creen que deben admirar.
- Por oírlo en el colegio a otros niños mayores.
- Por escucharlo en la calle.
- Por decirlo una vez y reírse el chiste los mayores.
- Al dar mayor intensidad al ver que al decir una expresión fuerte cree que tiene más importancia, por eso la repite.
- El niño refleja lo bueno y lo malo que ve en su casa.

Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

¿Qué actuación deben tener los *padres* frente a los tacos y lenguaje desgarrado de sus hijos?

Opinan los adolescentes:

- Explicarles las ventajas y desventajas de hablar groseramente e ir convenciendo poco a poco para que dejen de decirlos, pero nada de castigos (trece años)
- Quitar a los hijos esa costumbre, si la tienen; pero si los padres también dicen tacos no hacen nada (trece años).
- Cortarlo de raíz; emplear todos los medios (trece años).
- Predicar con el ejemplo y procurar que los hijos lo sigan (dieciséis años).
- No consentir, por lo menos delante de ellos, el uso de tacos, porque pienso que la forma de expresarse de un hijo ante su padre es una forma de respeto (dieciséis años).
- No permitir que el hijo, por lo menos a cierta edad y en lugares determinados, utilice un lenguaje grosero. Si los padres transigen en esto, el hijo nunca va a utilizar un lenguaje correcto (dieciséis años).

Opinan los profesores:

- Evitar ellos mismos tacos y groserías: no utilizarlos nunca.
- Cuidar el propio lenguaje (el habla se aprende por imitación).
- Conocer las compañías de los hijos.
- En el caso de adolescentes, reflexionar con ellos sobre su habla.
- En el caso de niños, hacer como que no se oye, sin darle importancia excesiva ante el hijo. Un pequeño suelta un taco que ha oído y si nadie se da por enterado él se olvida.

Opinan los padres:

- Hablar ellos bien; el ejemplo, en este caso concreto, que es eficaz.
- La corrección con paciencia y razonando.
- Cuando en casa sueltan algún taco creo que no hay que darle importancia.
- Corregirlos, hacerles ver que ofenden a otros.
- Lograr el dominio de sí mismos.
- Enseñar a bien hablar: orientar hacia la flexibilidad del idioma y señalar distintas formas de explicar lo que se oye en cada momento.
- En casa se deben dejar decir; en casa se puede decir todo mientras sepan acatar las reglas: que se cuenta de que la cultura rechaza el lenguaje soez. Pero ellos deben ser siempre auténticos y libres.
- Cuando se escuchan, poner cara de extrañeza; darle mucha categoría sería contraproducente. Realmente, enseñar a los niños cuándo «se puede».
- Es cuestión de sensibilidad: que comprendan que no lo pueden decir cuando ofenden a alguien (la abuela, la madre, una persona no acostumbrada a eso).
- Los niños imitan a las personas que más admiran; sus padres no deben decirlos; hacerles ver que otras personas que ellos admiran no hablan así.
- Ni fomentarlo ni hacer una tragedia; la única motivación que puede vencerlos es hacerles ver que puede molestar a los demás.
- Enseñarles a controlarse en eso y en todas las cosas.



Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

¿Qué actuación deben tener los *educadores del colegio* frente a los tacos y lenguaje desgarrado de los alumnos?

Opinan los adolescentes:

- Predicar con el ejemplo, porque el niño imita (dieciséis años).
- Si transigen, el niño nunca llegará a tener un lenguaje correcto (dieciséis años).
- Lo que importa es que capaciten al niño para comprender en qué momento y lugar se puede soltar un taco (dieciséis años).
- Tener tiempos para hablar con los niños de estas cosas; el tiempo dedicado a esto es más importante que las notas (trece años).
- Deberían hablar a toda la clase, explicándoles las desventajas de decir tacos el día de mañana y, poco a poco, cuando un alumno diga una grosería, corregirle (trece años).
- Deberían prohibir taquear en los colegios; eso sería una buena manera de que muchos no digan tacos (trece años).
- No debe permitirse; aunque no sea una cosa negativa del todo, tampoco es positiva y debe rechazarse (trece años).

Opinan los profesores:

- No decantarse ante el problema, mantener una actitud neutral.
- Corregir la actuación de los chicos en aquellas situaciones en las que el uso constante de tacos impida el enriquecimiento del vocabulario.
- Las prohibiciones, la represión, ayuda de manera muy eficaz al uso y desarrollo de los tacos.
- Ni reprimir ni castigar por ello, sino

hablar serenamente del problema, si es que se considera como tal; si no, hablar del fenómeno de la proliferación de tacos en el lenguaje habitual; en este diálogo ver las ventajas e inconvenientes de usarlos, pero nunca tratar de convencerlos, porque sabido es que los adultos tenemos recursos para lograr que los alumnos hagan lo que realmente queremos nosotros.


- Cuidar nuestro propio lenguaje, no utilizando tacos, sino teniendo una auténtica preocupación por mejorar nuestro lenguaje.
- No jugar a liberales y progres empleaseando un lenguaje más incorrecto que el de los mismos alumnos.
- No preocuparse demasiado de un taco más o menos.
- No «ofr» los tacos que digan los pequeños.
- No caer en la fácil demagogia de taquear con los adolescentes para ganárselos (cuando, en realidad, se les desorienta, porque no es eso lo que esperan de nosotros).

Opinan los padres:

- Procurar, en un determinado contexto, alguna explicación de que se puede hablar sin necesidad de decir tacos, pero sin dar tampoco excesiva importancia al problema.
- Evitar su uso los padres.
- Enseñarles a hablar, orientarles hacia una flexibilidad del idioma y señalar las distintas formas de explicar lo que se oye a cada momento.



Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado



**A los adolescentes
ayudarles a analizar
el porqué de su actuación.
Hacerles comprender
que el taco resulta desagradable
al que lo escucha,
que se trata
de una moda sin
consistencia**

Los tacos, el lenguaje grosero y desgarrado

- Corregir al niño siempre que la expresión sea demasiado alarmante; un comentario eficaz en el momento oportuno a veces da más resultado.
- Comprensión; no prohibirlo; que les hagan ver sus ventajas e inconvenientes, pero sin refírles.
- La mejor actuación es o decirlos.
- Con jóvenes, como mucho, poner cara de extrañeza; darle mucha categoría sería contraproducente.
- No a la represión; provoca el efecto contrario.
- Ejemplificar con una utilización del idioma que use palabras que el vulgo, aunque no sean contundentes.
- A los adolescentes, ayudarles a analizar el porqué de su actuación.
- Hacerles comprender que el taco resulta desagradable al que lo escucha, que se trata de una moda sin consistencia.
- No emplear nunca ninguna actitud violenta para corregirlo.
- No admitírselos más que en confianza, siempre que no caigan en grosería.
- Ejemplo y persuasión.

¿Compromete usted su opinión personal?

Me encantaría más comprometer mi opinión y no mis sentimientos personales. Precisamente porque pienso que ante este problema más que opiniones se tienen sentimientos muy condicionados por la historia de los ambientes en que uno ha vivido y por la identificación de la «buena educación o mala educación» con una forma de hablar que no es, en absoluto, índice de una buena o mala educación.

No comprendo demasiado la indignación de las personas que se exaltan ante este problema, como si fuese un problema verdaderamente clave en la educación. Da la impresión de que, con una forma concreta de lenguaje, quieren defender su *status*, su diferenciación, su

separación de otro tipo de personas, que son las que hablan mal (= groseramente). Y esto, muchas veces, no por desprecio expreso de los otros, sino por un presupuesto embebido en la propia personalidad de necesidad de separación y defensa, con principios educativos, de la propia postura de segregación de los mal-hablados.

Pienso que esta oleada de exhibición de hablar sin eufemias, con tacos, sin convencionalismos, con desgarrado o justeza de léxico, o sencillamente con rotundidad y énfasis, aunque el vocabulario sea totalmente impropio y desafortunado desde el punto de vista lingüístico, toda esa oleada es un *síntoma* que nos debe interpelar precisamente como *síntoma* y que cada uno lo vive de una manera distinta:

- Síntoma de un contexto familiar donde no se dio una importancia ni culta ni mítica al lenguaje.
- Síntoma de una necesidad de afirmarse en contra de las normas establecidas, que encubren una hipocresía admitida y simbolizada, precisamente en un lenguaje que no ofende, cuando toda la vida es una ofensa para los demás.
- Síntoma de la fuerza de arrastre de los medios de comunicación, de las oleadas sociales, que hacen creer a la juventud que se autodetermina, cuando en realidad todos se someten al tipo de lenguaje (o de vestimenta, o de lo que sea) que le imponen a una juventud que si no se ata a lo tópico no se siente progredir.
- Síntoma de la poca seriedad con que nos relacionamos con los niños pequeños, jugando a sus «gracias en el decir», hasta que creemos que nos dejan mal ante otros y entonces moralizamos el lenguaje que «hasta ofende a Dios», porque nos fastidia a nosotros.
- Síntoma de una pésima educación social, cuando no respetamos los sentimientos de nuestro interlocutor y le imponemos nuestra manera de hablar que sospechamos que le

ofende, pero nos importa más nuestra autonomía que la atención para con nuestro interlocutor.

- Síntoma de una declarada falta de sensibilidad, de falta de matices en la relación humana y en la manera de relacionarse con toda la realidad que nos rodea, que si merece nombrarse por sus nombres apropiados también merece ser tratada con ternura y no despojándola en nuestro propio provecho.
- Síntoma de un espíritu gregario o borreguil que acepta los módulos de la personalidad, de lo que, en un mundo de «slogans» y publicidades, se llama personalidad, cuando todos hemos conocido infinitas personalidades que no han necesitado de utilizar eufemismos, porque les han parecido que la mayor honra que podemos hacer a una cosa o a una persona es llamarlas por su verdadero nombre.

Y, una que cada uno hable como realmente quiera:

- El que hable para comunicarse, que hable de tal manera que al otro se le haga fácil y agradable escucharle.
- El que hable para colonizar, imponerse, que no deje de utilizar todos sus recursos para convencerle y dominarle; pero que examine qué derecho tiene para examinar eso; los que menos derecho tienen son los padres y los educadores.
- El que quiera comprender, que comprenda a la persona, y no se defienda demasiado en el acierto o desacuerdo de su lenguaje.
- Pienso que este problema no es un problema tan grande. Si logramos no dramatizarlo, lograremos comprenderlo en su justa medida.
- A quienes me resulta más difícil comprender no es a los que hablan mal, sino más, sino a los que hablan mal de los demás. Ese sí que es un grave problema de educación.

Joaquín María García de Dios

ACTIVIDADES PARA LA ESCUELA DE PADRES

Lab. 6: Problemas familiares



- 02: Bibliografía
- 04: Conferencia
- 05: Diálogos simultáneos

En el núm. 42 de nuestra revista se hizo la presentación del libro de Miguel Delibes: *El príncipe destronado* (Ed. Destino, Barcelona, 1973).

Aparte de las actividades que allí se sugieren se pueden añadir las siguientes:

1. Referir los tacos, las palabrotas, las groserías detonantes de niños y adolescentes, a qué suelen referirse y por qué será así.
2. Invitar a un experto en lingüística y pedirle que nos muestre en cuatro o cinco ejemplos la degeneración significativa de aquellas palabras que pasaron a convertirse en taco, para captar el empobrecimiento progresivo de nuestro lenguaje.
3. También los padres necesitarían renovar un poco su lenguaje. Pedirle al mismo experto una orientación sobre lecturas que podrían enriquecer un poco su vocabulario básico.
4. En diálogos simultáneos, lograr reducir todo el material contenido en el presente artículo a 10 sentencias fundamentales que orientasen a los padres en su actuación educadora del lenguaje habitual de sus hijos.